

Revisionismo historiográfico acerca de la independencia dominicana

Roberto Cassá

Universidad Autónoma de Santo Domingo

Se analiza la visión historiográfica sobre la independencia de la República Dominicana en 1844, a través de los autores Rafael Abreu Licairac y Rafael Augusto Sánchez de los siglos XIX y XX, respectivamente, y con temas comunes tanto referentes al proceso independentista como a la trayectoria posterior del pueblo dominicano. Frente a los remedios esbozados por los dos escritores, se defiende la efectiva democratización social y política como base de la plena integración nacional.

Nota introductoria

Aunque comúnmente la celebración de la fundación del estado dominicano, en 1844,¹ no traspasa la evocación de la efeméride desprovista de análisis, en ocasiones se ha acompañado por incursiones conceptuales significativas. Al menos con motivo de los medios siglos anteriores se elaboraron dos textos que deberán ocupar un sitio en el momento en que se trace un panorama comprensivo de la historia intelectual dominicana. Para el 27 de febrero de 1894, Rafael Abreu Licairac dio inicio a una serie de artículos en el *Eco de la Opinión*, que luego recogió en el

1 La historia dominicana del siglo XIX diverge en muchos aspectos de lo ocurrido en las otras dos islas hispánicas. La disparidad se inició a causa de la cesión de la colonia a Francia, en 1795, mediante el Tratado de Basilea. Tras la ejecución de dicho tratado por Toussaint L'Ouverture, líder de los "nuevos libres" de la Revolución Haitiana, en 1802 se estableció el régimen francés. Los dominicanos no acompañaron a los insurgentes haitianos en 1804, pero, por su cuenta, cuatro años después erradicaron la dominación francesa. El retorno subsiguiente a la soberanía del rey de España estuvo plagado de precariedades, en gran medida porque no resultó posible recomponer el aparato productivo. De ahí la naturalidad con que se llevó a cabo la independencia en 1821 por el sector criollo de la burocracia. Estos encontraron oposición popular, atizada por el gobierno haitiano de Jean Pierre Boyer, quien poco antes había logrado la reunificación política del territorio haitiano. Cuando Boyer invadió el territorio dominicano en 1822 no encontró resistencia, lo que permitió que la dominación haitiana se prolongara hasta 1844. En esa fecha la independencia se concretó en la fundación del estado dominicano, realidad institucional que se vinculó al imaginario nacional. Por ello la proclamación de la independencia en 1844 constituye la referencia crucial de los escritos históricos. La existencia del estado nacional sólo fue interrumpida con la anexión a España de 1861, que dos años después fue cuestionada por la mayoría de la población por medio de una guerra nacional, cuyo objetivo no fue sino el retorno al statu quo preexistente.

libro intitulado *Consideraciones acerca de nuestra independencia y sus prohombres* (Santo Domingo, 1894). Medio siglo después, y ajeno al fausto de la dictadura trujillista sobre “el centenario”, Rafael Augusto Sánchez redactó *Al cabo de los cien años*. Tentativa de una justificación histórica, ese texto quedó inédito y sólo vino a publicarse póstumamente, en 1976.

Cada uno de esos libros contiene especificidades, producto normal de la subjetividad de sus autores y de los contextos políticos en que se redactaron. No obstante, se puede advertir la presencia de temáticas relativamente comunes. Estas se refieren tanto a la controversia historiográfica acerca de la independencia nacional como a apreciaciones de carácter sociopolítico, fruto del esfuerzo por extraer un balance, en el largo plazo, de la trayectoria de la colectividad dominicana.

Ambos autores esbozan la intención de cuestionar criterios aceptados sobre la historia dominicana, en un sentido tendencialmente coincidente con lo que se ha denominado en América Latina revisionismo histórico, premisa que les confiere contenido conservador. El revisionismo histórico, que tuvo su mayor esplendor en Argentina, al grado de constituir el movimiento intelectual de mayor relieve en su historia, se derivó del nacionalismo de extrema derecha. Se trata de un fenómeno diverso y complejo, que no deja de implicar el rechazo global de la modernidad europeo-occidental, en aras de la validación de la tradición hispana de factura colonial, situada como embrión de la formación de los colectivos nacionales.² La corriente se inspiró en la derecha europea prefascista y en el irracionalismo. Sus soportes sociales, en el caso argentino, habrían sido la oligarquía terrateniente, el ejército y la iglesia católica “ultramontana”, aunque luego se le sumaron sectores industriales atraídos por el fascismo.³

Si bien la reconsideración de los trazos del revisionismo histórico trasciende el marco del presente texto, algunos de sus componentes ayudarán a situar las especificidades de las posturas de los dos autores dominicanos estudiados. Ese movimiento intelectual ganó amplia audiencia en Argentina, aunque también en otros países, gracias a haberse centrado en la definición de los rasgos de la nación, valorando positivamente, en contra de la modernidad, las raíces hispánicas y católicas. Desde el

2 Halperin Donghi, Tulio: *El revisionismo histórico argentino*. Buenos Aires, 1970; Plá, Alberto J.: *Ideología y método en la historiografía argentina*. Buenos Aires, 1972, págs. 40-63.

3 Rama, Carlos M.: *Nacionalismo e historiografía en América Latina*. Madrid, 1981.

ángulo teórico, lo hizo cuestionando la ciencia social contemporánea, fuera positivista o marxista, en base a un antiintelectualismo amparado en el terreno de lo racial y biológico. De ahí la exaltación del hombre popular del campo y el menosprecio del inmigrante europeo. En el aspecto político, afirmó el sentido del orden, de la propiedad y de las instituciones, a fin de postular por un jefe del momento (vgr. Perón) a partir de otro paradigmático del pasado (el dictador Rosas), conductor que tendría a cargo la construcción de una gran nación.⁴

Los tonos conservadores de Abreu y Sánchez no llegaron a desembocar exactamente en el corolario político-cultural revisionista latinoamericano. Representan estadios intermedios en la consolidación de la tendencia conservadora en las elaboraciones socio-históricas de los intelectuales dominicanos. Avanzaron por un derrotero común, hacia formulaciones en gran medida comparables a las de los revisionistas latinoamericanos, sin asumir todas las consecuencias ni culminar el proceso. Sólo la filosofía de la historia nacional emanada de la dictadura de Trujillo (1930-1961), en el modelaje que le terminó de imprimir Manuel Arturo Peña Batlle, se colocó a plenitud dentro de los tópicos del revisionismo histórico, renegando integralmente del legado liberal como medio de legitimar el totalitarismo vigente.⁵

Estos autores, pues, tienen en común no haber llegado a colidir con los principios de la tradición liberal institucionalizada en el mundo occidental. Abreu incluso mantiene el repudio doctrinal al legado colonial, aunque reivindicara históricamente a sus portadores anexionistas en el siglo XIX. Su matiz, como el de Sánchez, proviene de la búsqueda de operativización de una variante liberal que se pruebe sistémica en el medio social dominicano, para ellos problemático respecto al paradigma. De este tipo de esfuerzo de los intelectuales, con el que trazaban líneas paralelas a procesos políticos plasmados en el estado, devino la consolidación de sesgos conservadores en una gran rama del liberalismo. José Ramón López tomaría conciencia del hecho, al propugnar por la deliberada convergencia de los términos liberal y conservador, comúnmente juzgados antagónicos.

4 *Ibidem*, págs. 39-40.

5 Véase Peña Batlle, Manuel A.: *Política de Trujillo*. Ciudad Trujillo, 1954; Avelino, Francisco Antonio: *Las ideas políticas en Santo Domingo*. Santo Domingo, 1966; Cassá, Roberto: *Capitalismo y dictadura*. Santo Domingo, 1982, cap. IX; González, Raimundo: "Peña Batlle y su concepto histórico de la nación dominicana", *Anuario de Estudios Americanos*, vol. XLVIII, Sevilla 1991, págs. 585-631; Mateo, Andrés L.: *Mito y cultura en la Era de Trujillo*. Santo Domingo, 1993.

“En política tenemos dos escuelas tan apartadas que casi son hostiles entre sí: la liberal y conservadora. Cada una es verdad en determinada época. La liberal cuando hay que echar por tierra instituciones corruptas, contrarias a las necesidades biológicas y económicas de la humanidad. La conservadora si hay que mantener y sostener conquistas en el terreno de los principios (...) Nosotros, los dominicanos, tenemos necesidad de conservar, de fortalecer las ventajas adquiridas recientemente en el terreno económico, en el jurídico y en el político (...) Para no incurrir en vicio cayendo en uno de ambos extremos, el alma dominicana... debe ser en estos tiempos de reconstrucción, por lo menos todo el lapso necesario para ver terminada la nueva arquitectura social, liberal-conservadora.”⁶

De este espíritu sobrevinieron indagaciones historiográficas dirigidas a cuestionar verdades erigidas a la condición de dogmas públicos. En cierta manera, esas versiones habían sido codificadas por el sistema político a consecuencia del protagonismo predominante de la intelectualidad liberal después de 1865 y, sobre todo, de 1874. Los dardos recusadores convergían en José Gabriel García,⁷ liberal ortodoxo y fundador de la historiografía nacional, aun cuando ni Abreu ni Sánchez lo mencionaran.⁸

Esta prolongada polémica con las verdades establecidas por la primigenia historiografía liberal tenía sentido a la luz de un esfuerzo intelectual tendente a buscar fundamentos para el sentido del orden, distintos a los que habían enarbolado los próceres independentistas oficialmente reconocidos. Ya se ha examinado, desde otra óptica, la irrupción de factores inéditos que determinaron la modificación del discurso liberal, a saber: la variación de contenidos operativos en el seno del estado a partir de la dictadura de Ulises Heureaux (1887-1899) y la pérdida de la confianza en las bondades que debería haber acarreado un sistema político ajustado al precepto liberal; esto último se materializaría en la postura crítica que ha recibido el calificativo inadecuado de pesimis-

6 “Liberal-conservador”, *El Dominicano*, año I, n.º 36, 3 de junio de 1909. Se trata de un editorial no firmado, que sin duda pertenece a López.

7 El grueso principal de la exposición de García se encuentra en *Compendio de la historia de Santo Domingo*. Santo Domingo, 1968. 4 tomos (1.ª ed., 1879).

8 Desde antes se habían producido algunos prolegómenos aislados de este cuestionamiento de las tesis liberales ortodoxas de García, siendo hartos sonados el de Manuel de Jesús Galván, empeñado en legalizar la Anexión a España de 1861 y reivindicar la memoria de Pedro Santana, su ejecutor, no obstante que este autor se hubiera situado circunstancialmente del lado de los liberales del llamado Partido Nacional, conocidos luego como azules. La polémica entre Galván y García, aparecida en los dos principales periódicos de la época, *El Eco de la Opinión* y *El Teléfono*, ha sido recogida por la Sociedad de Hijos del Pueblo, en *Controversia histórica*. Santo Domingo, 1890.

mo.⁹ Es en tal contexto que las obras de Abreu y Sánchez cobran sus significados, una a la luz de la dictadura de Heureaux y, la otra, de la de Trujillo. La problematización de los principios redundó en disquisiciones sociológicas teñidas de originalidad en el medio nacional, aun cuando se inscribiesen en problemáticas generalizadas en América Latina.

La formación de una teoría liberal de sesgo conservador trasciende con mucho a estos dos autores, pero se puede restringir a ellos un enfoque comparativo, como medio de relacionar la evaluación historiográfica y la propuesta política global. Para ordenar la exposición conviene, en primer término, examinar por separado las tesis de ambos textos. Hecho esto, se facilita la sistematización de conclusiones que permiten anticipar lo que podrían ser elementos de un balance crítico, retrospectivo y actual, que pondere los discursos conservadores que se emiten en el presente acerca de la historia dominicana de los últimos 150 años. A pesar del aparente agotamiento intelectual del tipo de discurso que es objeto de dilucidación,¹⁰ existe un perverso contexto político que reanima griteríos patrioterros anti-haitianos, matizados con componentes fascitizantes. Por lo demás, en sentido inverso se siguen renovando revisiones liberales de sesgo conservador que, amparadas en el sentido común que supuestamente confiere la evidencia de los cambios internacionales recientes, forman parte del intento totalitario de fabricación artificiosa de un punto de vista excluyente. Estos tópicos toman direcciones exactamente contrarias a la del revisionismo histórico latinoamericano: a nombre del mercado, incursionan desenfadadamente en la apología anti-nacional y denostan a los liberales de carne y hueso, juzgados despreciables por revolucionarios.¹¹

9 Cassá, Roberto: "Teoría de la nación y proyecto político en Américo Lugo", en Américo Lugo, *Obras escogidas*. Santo Domingo, 1993, tomo I, págs. 13-80.

10 El único intento de actualización en los años recientes lo brinda Manuel Núñez, en *El ocaso de la nación dominicana*. Santo Domingo, 1990. Se trata, empero, de un texto que conjuga torpeza en las argumentaciones e ignorancia de los procesos, por lo que se sitúa fuera de toda posible consideración historiográfica. Su único sentido estriba en haber intentado actualizar las tesis nacionalistas y ultrarreaccionarias de Manuel Arturo Peña Batlle, pertinentemente antiliberales y, por extensión preventiva, antisocialistas.

11 Aunque expresión intrascendente de amateurismo intelectual de caverna, conviene citar una pieza del repertorio de la vulgata neoliberal aplicado a estos despreciables trópicos. La impugnación de los valores nacionales se hace en aras de la afirmación normativa de los parabienes de la cultura anglosajona, el anti-heroísmo de la excelcitud del dinero. "Mas, en tanto jugábamos a la revolución —acto supremo de barroquismo— los hombres del Norte desafiaban y domeñaban el progreso. Ellos, los rudos y prosaicos, construían las fábricas y ferrocarriles; nosotros, los sublimes y clarividentes, luego de abrírnos el pecho a plomazos, aspirábamos el efluvio de la tierra gloriosa.

Consideraciones acerca de nuestra independencia

Rafael Abreu Licairac, más que un pensador, fue un publicista que durante bastante tiempo ocupó posiciones de redactor en periódicos influyentes. Aun así, su producción, dispersa en múltiples artículos, sería digna de una recopilación; pero de los pocos libros que publicó, el único que mantiene significación en la bibliografía es el que se pone bajo consideración.¹² La obra que se analiza está condicionada por una perspectiva de crítica histórica, que entiende por tal la reconsideración de hechos, personas y procesos, a la luz del designio de dar con la verdad. Así visía, la empresa remite a los postulados de la historiografía positivista. Ahora bien, contrario al supuesto positivista, en él se verifica que la crítica no es neutra, sino que obedece a un espíritu preconcebido que define los perfiles de la síntesis histórica.

Abreu procura hacer valer un conjunto de supuestos en cuanto a la contribución de sectores políticos y personalidades relacionados con la independencia. Fundamentalmente se dirige a cuestionar la existencia de diferencias ideológicas esenciales entre los sectores que se disputaron el control del estado después del 27 de Febrero. Para él, el debate en juego es generado por disparidades originadas por estados de ánimo, a su vez provenientes de espacios generacionales y nunca de discrepancias en relación al objetivo central de gestación de la patria. En esta argumentación no vacila en otorgar razones a quienes denomina “gente sensata”, puesto que tenían conciencia de la complejidad de las condiciones y la dificultad de las tareas. Asevera que propiamente no hubo liberales o conservadores, ni patriotas y traidores, sino gradaciones sobre la confianza en la capacidad autónoma del país para consolidar la independencia frente al peligro haitiano. Los llamados conservadores, partidarios de una colaboración con el exterior que incluyese el protectorado, habrían per-

(...) Nuestras efemérides, nuestros anales, nuestros mausoleos, están repletos de tonsurados, de bellicosos, de chupatintas. Jamás supimos honrar al maestro, al magistrado, al creador de riquezas. Hicimos la apoteosis de lo infecundo, la glorificación del artificio, el panegírico de la vacuidad. (...) Ahora, cuando se apagan las luces del siglo, los iberoamericanos debemos mirar hacia el futuro sin idolatrías. De aquel espejismo que fue la independencia apenas perdura la dignidad, velada muchas veces de rubores. Mientras tanto, nos tragábamos crudos un puñado de mitos y descubríamos, quizás tarde, que de poco nos servía aquella comilona.” Malagón Delgado, Pedro: “Dábale arroz a la zorra el abad”, *Rumbo*, n.º 3, 10 de febrero de 1994.

¹² Sus otros libros son: *Mi óbolo a Cuba*. New York, 1897; *La cuestión palpitante*. Santo Domingo, 1906; *Recuerdos y notas de viaje*, Santo Domingo, 1907.

seguido, en igual medida que los rivales, denominados liberales, la creación de un estado plenamente soberano.

Aunque descalifique la existencia de campos diferenciados, Abreu acepta matices, desarrollados con el tiempo, entre los más o menos liberales o conservadores. Todos habrían sido por igual protagonistas del hecho, lo que lo lleva a desautorizar la narración de García en cuanto a la relación genética entre la obra de Juan Pablo Duarte, líder de los liberales o trinitarios, y el hecho del 27 de Febrero. Más exactamente, la argumentación concede ventajas al sector conservador. Por una parte, los trinitarios son presentados como inexpertos, de contextura incompatible con el poder, por lo que no pudieron responder a la altura de las circunstancias. Estas demandaban, ante todo, competencia bélica, y el jefe necesario para su ejercicio no fue otro que Pedro Santana, “hombre honrado, recto en proceder, decidido campeón de nuestra independencia...”¹³ Apoyándose en el protagonismo militar, la figura de Santana queda encumbrada a la del héroe de mayor trascendencia en aquella jornada histórica. En cierta manera, el conjunto del texto gira alrededor de la trivial personalización del proceso: repartición de méritos a Santana y menoscabo de la obra de Duarte. Este tipo de juicio ha continuado dentro de la historiografía dominicana ulterior.¹⁴

No obstante, dicha visión es complementada por Abreu con la indagatoria sociológica positivista, a fin de establecer la razón del predominio de Santana como coacción por el predominio del elemento militar, producto, a su vez, del “instinto de las circunstancias” presentes en el pueblo. Santana habría sido fruto de la colectividad en su conjunto, por lo que constituyó un error de los jóvenes trinitarios oponérsele con “un civismo exagerado, impolítico, celoso y desconfiado”. La culpa de la beligerancia entre los dos bandos se debió a la torpeza de la Junta Gubernativa al asignar mando a Duarte, un incompetente en cuestiones militares (como lo demostró en el frente sur),¹⁵ facilitando la reacción autoritaria

13 Abreu Licairac, Rafael: *Consideraciones acerca de nuestra independencia y sus prohombres*. Santo Domingo, 1894, pág. 11.

14 Se perpetuaría el esfuerzo en artificios conciliadores, que llegaron, bajo el trujillato, a querer compatibilizar a héroes y traidores en el símbolo personal de la formación de la nación. Por ejemplo, Emilio Rodríguez Demorizi propuso el aberrante binomio Duarte y Santana en sustitución de la tríada oficial de padres de la patria. Véase *Encuesta acerca del general Santana*. Ciudad Trujillo, 1957.

15 La supuesta dote bélica de Santana y la impericia de Duarte conforman uno de los tantos tópicos ligeros en ciertas tradiciones historiográficas. Véase R. Cassá: “El 19 de marzo y el mito de la genialidad de Santana”, *Ultima Hora*, 20 de marzo de 1994.

de Santana; el proceder de éste se explica por venir de “hombre al fin y como tal susceptible de las debilidades inherentes a la humana condición, idolatrado además por sus soldados, considerado, por los elementos serios y moderados, como capaz de llevar a cabo la organización del ejército...”.¹⁶ Cuestionado injustamente, Santana “hubo de reaccionarse con actos de independencia, seguramente contrarios al espíritu democrático de nuestra republicana institución, pero excusables en la ruda militar naturaleza del soldado...”¹⁷

Si hubo culpas en la apertura de la discordia y de las pasiones odiosas, en la óptica de Abreu se encuentran “los llamados liberales”, que iniciaron el desconocimiento de las relaciones legales, al ser los primeros en incursionar en “la era de los golpes de estado y de sus consiguientes persecuciones”. En definitiva, todos habrían sido sustantivamente iguales, porque cayeron en inconsecuencias respecto a los patrones políticos que debieron haberse adoptado. Pero, frente al asomo de la anarquía, habría sobrevenido la catástrofe en caso de no haber surgido “un brazo poderoso y resuelto”. En aquel contexto, se reivindica la validez práctica y la legalidad doctrinaria y moral de un sistema autoritario como el que advino:

“El poder absoluto que las circunstancias produjeron no hallaba su molde ni en la disolvente colectividad de aquella Junta, ni en la templanza o platonismo de patriotas connotados, ni en las vagas aspiraciones de algunos, ni en el espíritu de utópico doctrinarismo de otros... y ese poder buscó en la fuerza su genuina representación; y la fuerza era entonces el ejército del Sur, con Santana a su cabeza.”¹⁸

El desenlace de los hechos generó el *personalismo*, categoría crucial que emplea Abreu para comprender la organización política nacional. A tal respecto, juzga el autoritarismo —esencialmente plasmado en el personalismo— como contrapuesto a los principios de la libertad republicana, pero también como una necesidad por la inexperiencia política del pueblo. En fin de cuentas, responsabiliza de lo sucedido a todos los agentes vinculados a la independencia, incluyendo a Duarte, quien, en caso de haber triunfado, también habría protagonizado irremisiblemente una práctica personalista. Implantado una vez, el personalismo se tor-

¹⁶ Abreu Licairac, R.: *Consideraciones...*, pág. 22.

¹⁷ *Ibidem*, pág. 23.

¹⁸ *Ibidem*, pág. 28.

nó, en esa visión, un componente inmanente del sistema político, del cual se derivarían todos los males.

Abreu, empero, traspasa el plano explicativo delimitado por los hechos posteriores a la independencia, los cuales llevaron a la instalación de la dictadura como sistema de gobierno. La democracia liberal, como orden político deseable, permanece pospuesta hasta un futuro indeterminado, puesto que, todavía medio siglo después de 1844, a su juicio subsistían inalterables las condiciones que la estorbaban. Para ubicar dichas condiciones, antepone al personalismo la premisa de la necesidad del dominio social de unos pocos que, por su capacidad, ganan el concurso popular, con la misión devolutoria de guiar al país con mano sabia y fuerte.

A la hora de establecer causalidad, este enfoque presenta más penetración en las circunstancias sociales que el típico discurso historiográfico liberal. En ese tenor por ejemplo, García explicaba el proceso posterior al 27 de Febrero por la traición de Santana y de una pequeña camarilla antinacional; Abreu, al refutar tal supuesto en base a razonamientos sociológicos, parte de la solidaridad intrínseca con Santana del núcleo del poder social, elevado a la condición de una oligarquía benéfica “del saber, de la madurez y de la experiencia”. Las conclusiones evidencian lucidez y sentido pragmático cuando evalúa el régimen político de su época —última década del siglo— como regido por la oligarquía.

Como liberal, ciertamente, Abreu toma distancia de los perfiles del esquema político republicano, por cuanto los considera caracterizados por un autoritarismo que debe ser trascendido, aun cuando sea explicable y justificable. Se aleja, en particular, de la teoría extrema del principio de autoridad que llevó a la concesión legal de atribuciones omnímodas al ejecutivo, como lo enunciaba el artículo 210 de la Constitución de 1844 y devino tradición en variantes disimuladas.

Por encima del cuadro sombrío de autoritarismo, traza un balance final positivo de la independencia, por cuanto la oligarquía gobernante de aquella época habría demostrado estar dotada para la ímproba tarea de organizar institucionalmente el aparato público. Este es un bien que prevalece por encima del límite no democrático que ha caracterizado al sistema político nacional. Abreu va más lejos, al encontrar en los años de la independencia una época heroica, contrastante con “el sibaritismo, el lujo, el apego al vil metal, a la holgazanería y a los deleites de que

adolece, por desgracia, esta generación enferma y degenerada y prematuramente decrepita.”¹⁹

Esto último introduce las motivaciones que seguramente animaron al autor a redactar sus páginas: una inspiración retrospectiva para la recomposición de un proyecto nacional, tarea que por igual se propuso Rafael Augusto Sánchez. Inserto en la perspectiva liberal-conservadora, Abreu extrapola las intenciones y las acciones de los llamados prohombres de la independencia, con el fin de extraer un ideario sobre el cual asentar el relanzamiento de un proyecto nacional burgués. Este sustrato ideológico debería integrar, como uno de sus motivos fundadores, tanto la doctrina liberal de los trinitarios como el sentido realista de Santana y los demás jefes de la oligarquía.

Y si bien la historia del país como entidad soberana ha logrado frutos, el autor advierte deficiencias fundamentales en la realización del conglomerado nacional, por lo que procede a indagar las causas de este resultado, tan distinto del que habían proyectado los héroes de la independencia. Ese análisis se mantiene condicionado por la evaluación de las ejecutorias de los personajes prominentes. En ningún momento la empresa científicista se deslinda del tratamiento narrativo sustentado en la función decisiva de las acciones de los individuos prominentes. En tal sentido, hace depender el rumbo histórico posterior de una valoración de la personalidad de Santana: le reconoce el carácter necesario para haber creado el estado, pero su falta de ilustración le impidió afrontar “las provocadoras tentaciones del mando” y atenerse a “las demarcaciones que los estados democráticos y republicanos determinen a aquellos en quienes delegan sus facultades soberanas.”²⁰ Y es que, asegura, el gobierno constituye una “ciencia complicadísima”.

A partir de la personalidad de un Santana, por lo tanto, se traza la explicación genética de los procesos ulteriores. El momento de constitución de la República queda elevado a la condición de embrión de la historia nacional. Pero, de acuerdo a Abreu, los errores de Santana no se pueden explicar en el marco exclusivo de su personalidad, puesto que “en su ánimo concurren tantas y tan favorables causas”. Santana habría sido inducido a su función dictatorial, la que no obtuvo de su autopromoción. Se percibe que, aunque aferrado a un plano expositivo sustenta-

¹⁹ *Ibidem*, pág. 41.

²⁰ *Ibidem*, pág. 95.

do en el héroe, Abreu no abandona el relativo a las causas socio-históricas. Esta transacción marca todo un estilo de quehacer intelectual en aquella época.

Siguiendo la interposición de principios sociológicos, remite los defectos del sistema político a una causa esencial: la ausencia de educación cívica en la población, conclusión que extrae de la variante anglosajona del liberalismo. Por ello, el pueblo ha quedado inhabilitado para el ejercicio de la soberanía; ignorante de derechos y prerrogativas, “otorga con culpable fácil complacencia á aquellos que asumen tan bastarda forma de gobierno.”²¹ Pero, retomando lugares comunes, intenta ofrecer una causa eficiente de tal situación y, al igual que la generalidad de liberales de la época, no tiene otro horizonte que inculpar a España de estos resultados.

“Nos referimos á la educación política-social heredada de nuestros antiguos dominadores, los españoles, quienes... se reposaron sobre sus laureles con criminal apatía y descuidaron enteramente la organización de las prodigiosamente ricas, fértiles y extensas regiones.”²²

Sobre esta causa general, abunda en otras particulares relativas al período colonial. Sitúa, por ejemplo, en la esclavitud la fuente de un estado de pasividad; a ella se agregó la facilidad que para el sustento deparaba la virginidad del suelo, pues “todo ello engendró y fomentó la holgazanería, el orgullo y la soberbia de que dieran elocuentísimas pruebas nuestros brillantes y engreídos conquistadores, y que íbamos á heredar sus descendientes.” En contraste con lo que sucedía en las colonias de otras potencias, sobrevino la despreocupación y la apatía hacia el progreso, entregada la masa a una vida patriarcal, al margen de toda organización agrícola o industrial y de la difusión de las ideas modernas.

Hubo, pues, sustratos humanos, afianzados por el concurso de circunstancias históricas, que hicieron inevitable que la democracia no prosperara y que la soberanía debiera delegarse en una aristocracia. Abreu no columbra aún el protagonismo del sujeto de la democracia, el cual identifica en la clase media por el supuesto de la inhabilidad radical de la masa del pueblo a causa de su escaso grado de instrucción.

21 *Ibidem*, pág. 99.

22 *Ibidem*, pág. 100.

“Porque, no teniendo clase media, sólo poseíamos los extremos sociales, la minoría ilustrada y pudiente; y la mayoría, la masa popular, ignorante, pobre, supersticiosa, humillada y sometida aún á la influencia del recién sacudido yugo de la esclavitud.”

En síntesis, las tiranías, si bien producto de las circunstancias, han sido el factor crucial de estancamiento del progreso, al ser el vehículo para la implantación del personalismo. Esta categoría constituye la pieza clave de su análisis, con la cual contribuye a inaugurar una tradición en la literatura sociológica y política. Con ella, asimismo, implícitamente pretende ensamblar lo individual y lo social, ámbitos de su consideración de la realidad.

En esa tesitura, toma distancia respecto al sistema de gobierno existente en el momento, conducido por el tirano Heureaux, pero lo hace de una manera muy a la usanza de la generalidad de los liberales de la época, que percibían el mal como inevitable y no se negaban a colaborar con el régimen.²³ Aunque no lo afirmara explícitamente, parece haber depositado una confianza evolucionista en que el progreso económico surtiría efectos en la educación y en la gestación de la ciudadanía como fundamento del sistema político.

Al cabo de los cien años

Cincuenta años después de Abreu, Rafael Augusto Sánchez emprendió una labor similar, mas lo hizo en una situación personal descontextualizada del entorno del sistema político. No es descartable que el texto resultante, *Al cabo de los cien años*, se redactara para consumo del propio autor. A pesar de no haber tenido ninguna alusión hostil hacia el régimen de Trujillo, en el contexto totalitario que lo caracterizaba resultaba impensable la publicación de un escrito de esa naturaleza. Más elocuente es que el autor no dispusiera su publicación durante los más de dos años posteriores a la caída de la tiranía en que la sobrevivió.

²³ El periódico *El Eco de la Opinión*, donde colaboraba, mantenía una postura fundamentalmente favorable hacia la dictadura, indispensable para su subsistencia, aun cuando a veces se permitiera escritos con tintes críticos. Quizás por tal contubernio, Mariano Cestero reservó su réplica al libro de Abreu hasta la caída de Heureaux. Véase *Pro-Patria*, 27 de Febrero de 1844, Santo Domingo, 1900. Abreu aparentemente no se dio por aludido por el cuestionamiento ortodoxo de Cestero.

La desenvoltura con que expone las conclusiones da pie para dudar que hubiera perseguido un fin pragmático inmediato, puesto que hubiesen resultado contraproducentes en el terreno de la acción política. En fin de cuentas, el jurista era un desafecto, que mantenía implícitamente la adhesión al tipo de gobierno como el de Horacio Vásquez, donde desempeñó una cartera ministerial. En un sistema político que juzgaba la disidencia inadmisibile, no se sumó a la corriente de la élite de intelectuales que devino el sector de mayor protagonismo en el estado.

Aunque individuo versado en materia de teoría política, Sánchez fue sobre todo un jurista de relieve excepcional. Su talento y sus intereses políticos le debieron disponer a redactar esas extensas notas que pasarían a ser uno de los textos de mayor densidad analítica en el pensamiento tradicional dominicano. Su formación impregna el escrito, harto reiterativo en las argumentaciones, al estilo del discurso de los abogados. De la forma de confección del texto se podría inferir que debió poseer un agudo sentido elitista, social y cultural; la exposición es siempre concluyente en verdades apodícticas.

Al cabo de los cien años es un texto de mayor densidad que el de Abreu Licairac, pero orientado, en muchos de sus temas, por presupuestos y conclusiones bastante similares, a pesar de contener múltiples líneas de exploración distintas y hasta de afirmaciones contrarias respecto a personajes y situaciones. Sobre todo, desemboca en resultados que no fueron alcanzados por liberales previos. Se impone la tarea de la revisión historiográfica, pese a no ser tampoco historiador, como medio para repensar el sentido de la evolución nacional. Efectúa un balance que concluye con la afirmación de que hasta el momento ha fracasado el proyecto de generalización de la ciudadanía como base de la democracia.

A lo largo del texto el autor irrumpe contra los historiadores, a quienes atribuye incapacidad de analizar los factores de fondo que condicionaron la historia nacional y, lo que es peor aún, estar cegados por un prejuicio liberal falsificador, que les impide hacer honor a su compromiso de recoger la verdad de los hechos. Esta diatriba evidencia que, a su manera, se había propuesto un fin político trascendente, para contribuir a una refundación conceptual del estado dominicano.

Primeramente se encuentra una teoría histórico-antropológica de la formación del colectivo dominicano. Siguiendo a Américo Lugo, sin mencionarlo, se niega a asignar a los dominicanos condición nacional, puesto que implícitamente define la nación en relación con un sistema político

de ejercicio de la soberanía colectiva. No advierte, hasta la segunda mitad del siglo pasado, ni siquiera “un esbozo de conciencia” de los principios y objetivos políticos imprescindibles del orden republicano consustancial con la nación. Incluso asevera que los dominicanos no han cobrado conciencia de constituir una colectividad diferenciada y unida por determinados atributos. De esta ausencia de identidad colectiva hace depender que tampoco apareciese una voluntad política a partir de un ideal común.

A falta de nación, la construcción de la naturaleza del conglomerado dominicano es caracterizada por lo que define como estirpe. Se trata de un conjunto más o menos amorfo de características psíquicas y culturales que tipifican al dominicano y que son consecuencia de la forma en que se heredaron los rasgos épicos de los conquistadores. Al portador de esa estirpe lo califica de colono, quien ni siquiera alcanza la dimensión del criollo, aun cuando sea portador de la cultura española como precedente exclusivo, sometido a modificaciones empobrecedoras en el contexto insular. Describe la vida del colono como vegetativa, caracterizada por la pobreza y la suma de factores adversos. Así, en sucesivas generaciones, el colono heredó apocamiento y falta de entusiasmo que hicieron de él un ser refractario a toda manifestación de progreso. En esa mediocridad gris ubica la quintaesencia constitutiva de la estirpe, la cual, en las condiciones que requirió su autodefensa, se erigiría en el único motivo detonador de la acción colectiva. Esta explicación se sustenta en el supuesto de que la historia dominicana ha atravesado por circunstancias excepcionalmente accidentadas, habiendo quedado sometido el colectivo en forma reiterada a pruebas peligrosas.

De por medio está la colectividad en su conjunto, la cual se distingue por la integración resultante del halo hispánico. Esta solidaridad intrínseca de la “agrupación” se debió, por una parte, a la ausencia de población indígena, a la cual adjudica inhabilidad intrínseca para integrar sentido del progreso; en segundo lugar, a la “solución de continuidad absoluta” entre el negro africano y su trasplante a América, al grado de que los negros locales parecen “más bien un retoño del tronco ibérico”. La hispanidad viene a ser el único referente cultural posible, pero sujeto a sucesivas degeneraciones que, por consiguiente, no dieron lugar a una dimensión cultural distinta, ya que la cultura, como categoría, es atributo de élites. Asevera que no existe la cultura americana, e iguala español y colono y éste al dominicano, pero en sucesivas gradaciones empobrecidas.

La impronta incontrastable de la hispanidad sobre el colectivo le confirió características homogéneas, aunque de contenido amorfo. Y, precisamente esta equiparación habría resultado funesta, puesto que contribuyó a ahogar la conservación o desgajamiento de una clase dirigente capaz de recuperar el legado civilizador. El equivalente socio-cultural del hecho nacional en tal análisis constituye el impedimento crucial para el acceso a la civilización. El autor no logra superar una tensión entre el reconocimiento de las virtudes de la conformación hispánica y su juicio, severamente crítico acerca de los contornos de la estirpe. A pesar de que acepta que las dos características más sobresalientes de la hispanidad (aptitud para asimilar en su seno a cualquier raza o estirpe extraña y para afirmar un sentido perfecto de eternidad) marcaron a los colonos, su evaluación del derivado integral es rotundamente negativa. Concluye con que el conglomerado dominicano no conformó una sociedad (o “núcleo social”), sino una “mera agrupación”, debido a que no accionaba para realizar ideales. Este resultado provenía de la defectuosa herencia de los rasgos de la estirpe hispánica. Aquí trata de sistematizar un juicio sobre las originalidades de la historia dominicana, en lo cual operó, en primer término, la influencia del trópico como factor disolvente de las condiciones positivas de los conquistadores. Agrega el aislamiento regional, la mediocridad urbana, la ausencia de relaciones con el exterior, todo lo cual se engloba alrededor de la deficiencia demográfica. Resultado de ello, se perpetuó la ausencia de vida urbana, puesto que los pobladores de las ciudades reproducían la vida inerte del campo, y de ella la ausencia total de la educación, por lo que se perpetuaba la barbarie característica de la colectividad.

En estos argumentos aborda sin ambages lo que la intelectualidad trujillista sólo tocaba de soslayo, para postular el principio de la unidad nacional. Asevera que no quedó la más leve reminiscencia africana a consecuencia de la interposición de la estirpe hispana. Como sostiene la nulidad histórica del conglomerado negro, éste no contribuyó a los factores contraproducentes presentes en la estirpe dominicana. El razonamiento se presenta aparentemente desprovisto de racismo, pero, bien examinado, lleva el prejuicio racista a sus consecuencias finales, al radicalizar la inhabilidad de la raza negra para perpetuar incluso su fondo atávico.

A partir de la premisa de la compactación de los rasgos del colectivo en una indiferenciación interna, sostiene que la historia dominicana del siglo XIX giró alrededor de la exigencia inconsciente de retorno cons-

tante a la estirpe. Se trataba de un instinto ciego, alejado de toda forma de razonamiento, por el que los dominicanos insistentemente se propusieron “restablecer un equilibrio roto”. En el centro de esta acción yacía el componente racial, por el cual asimila la resistencia a los dominadores extranjeros con el núcleo de la constitución psico-cultural. El éxito de la agencia histórica de la estirpe advino en resultado crucial, que hizo del dominicano un ser fundamentalmente idéntico al colono. Este tuvo éxito en erigirse en factor eficaz de impedimento al progreso, frustrando reiteradamente el logro de los deseables principios liberales.

Sánchez elabora este juicio global sobre la historia dominicana basado en una derivación biológica de una aparente síntesis positivista e irracionalista: la estirpe, sumatoria de costumbres, idiomas y tradición, quedaba finalmente reducida a la raza y, en consecuencia, a “leyes biológicas” (“la historia es biología”, pontifica); de ahí resulta una historia espontánea, de sentido incontrovertible por cualquier factor artificial que se le enfrente, como el atractivo de la prosperidad material o la libertad. El ímpetu instintivo de la “reintegración racial”, de “acentos imperiosos”, habría dado lugar a una historia inevitable, puesto que no podía ser desviada de “sus fines naturales”.

Tal solidez del sustrato explica el fracaso de los dominadores franceses, a pesar de su brillante grado de civilización y sus dotes guerreras. Asimismo explica el fracaso de los dominadores haitianos de 1822 o de los anexionistas españoles de 1861. Por igual, para los viejos colonos resultaba “imposible la adaptación... a las normas y características de una estirpe extraña.”²⁴ Fue como producto de estos resultados reiterados que pudo perpetuarse la esencia significativa de la estirpe, “la incontrastable fuerza de la hispanidad”.

Se trataba, empero, como ya se ha visto, de una hispanidad sujeta a las múltiples contingencias que caracterizaron la larga etapa colonial. Ahora bien, como la variación es interpretada en forma valorativa, dando lugar a un proceso de naturaleza inferior, sobrevino un hiato entre la existencia rutinaria del conglomerado, condicionada por la estirpe, y los hitos específicamente políticos, productos de sujetos aislados dotados de un pensamiento político. La única excepción a esta norma la encuentra en el movimiento anti-francés de la Reconquista de 1808, en el que asomó una voluntad colectiva que exteriorizó el sentido de la estirpe. Está

24 Sánchez, *Al cabo*, pág. 37.

enunciando, de hecho, el interesante corolario de que esa lógica espontánea de la estirpe operaba de manera reactiva contra los intentos de cambio, sin importar la naturaleza que tuviesen.

Lo anterior, tanto en la lógica convulsa del proceso como en las esencias fijadas en los individuos, desemboca en una quintaesencia adversa, el individualismo, explicación ya transitada por otros teóricos de la dominicanidad, aun cuando, como Abreu, utilicen variados términos. Sitúa su procedencia en el español e implica, más que un “residuo de barbarie”, “un retorno a la animalidad”, ya que “tiene un fondo atávico”. Se comprende que esta característica psicológica descartara la vida de relación, tornándose en el obstáculo crucial para “la creación de una colectividad racional... en un elemento de retardo perjudicial al nacimiento de la solidaridad colectiva.”²⁵

Lo más desgraciado de todo esto, en la percepción histórico-antropológica del autor, ha radicado en que, por las constantes emigraciones, no se creara una clase social selecta que compensara la deficiencia consustancial del colectivo. La supuesta inexistencia de una oligarquía (término con que designa una clase dominante excelsa) se coloca como el correlato del individualismo atávico desenfrenado. En el centro de la trama argumentativa subyace la añoranza por el ejercicio institucional de la dominación social, sentido clasista que exterioriza con dramatismo. De ahí que transitara hacia la recuperación del aserto, ya enunciado por Lugo, de la presencia decisiva de la masa popular en las funciones estatales del período republicano. Para Sánchez esta peculiaridad del estado dominicano se resume despectivamente en la dirección sempiterna de mediocres y bárbaros.

Únicamente registra una excepción en este vacío desolador: la iglesia, factor hispano de indiscutible valor civilizador. Pero la función de la iglesia se vio limitada a causa de la pobreza material y tuvo un sentido eminentemente conservador. De ahí que, paradójicamente, constituyera un obstáculo suplementario para el surgimiento de ideas republicanas, dada su función de guía del conglomerado, en su interés por hacer valer la estirpe. Aun así, constituyó “la única fuerza constructiva”, apreciación que resume la tensión entre el tradicionalismo conservador, postulado para dar cuenta explicativa de la historia nacional a partir de la apología metafísica del *ethos* hispano originario, y su proyecto de construcción de

25 *Ibidem*, pág. 56.

un mundo civilizado que dé lugar a un sistema político regido por el liberalismo.

A la luz de tal cúmulo de precedentes, Sánchez pretende fundamentar su conclusión central: el imposible surgimiento de un ideal republicano y democrático, por cuanto el factor adverso representado por la estirpe no pudo ser compensado con ninguna otra influencia.

Esa teorización no se detiene en una conclusión simple, sino que prepara el colorario político. Esto último queda, a su vez, sesgado por el juicio sobre el hecho de la independencia, situado, al igual que por Abreu, como el hito de mayor relevancia en la historia dominicana. En las partes finales del texto se concluye en la apología de la oligarquía en germen como único ente dinámico en la realidad dominicana. Y, precisamente, la independencia habría fracasado en sus designios originales a causa de que la oligarquía no pasaba de un asomo incipiente, casi reducido al plano de las intenciones. A fin de avalar esta conclusión, distingue la conspiración previa a la independencia, en gran parte condicionada por el esbozo de un ideal liberal entre los trinitarios, del hecho material del 27 de Febrero, supuestamente realizado con exclusividad por los “semi-bárbaros” colocados en posiciones dirigentes. Entre ambas situaciones presenta un abismo de contenidos, porque la independencia, finalmente, no pasó de ser un episodio de rebelión de la estirpe, “sacudida de la hispanidad”, y no manifestación de conciencia dominicana.

De acuerdo a Sánchez, no obstante, la independencia no contó con una intervención popular, a diferencia de lo acontecido en 1808, sino que fue un movimiento exclusivamente gestado por blancos no dominicanos, impulsados “por un sentimiento racial, tradicional e instintivo, y no por la presencia de un ideal político.”²⁶ En resumen, fue realizada por una minoría de señores blancos, partícipes de la barbarie, quienes arrastraron a la masa sólo con posterioridad. En fin de cuentas, está recomponiendo un sentido común conservador, justificado por Manuel Arturo Peña Batlle, que circunscribe la interpretación del 27 de febrero a la añoranza del pasado español, agredido por los negros occidentales provistos de ideas ilustradas antiespañolas.

Uno de los puntos que más le ocupa la atención es el por qué los gestores de la independencia se vieron desbordados por la barbarie. Reduce la cuestión a que carecieron de la energía suficiente para hacer va-

26 *Ibidem*, pág. 82.

ler su punto de vista. Sánchez extrema la postura de Abreu acerca de los trinitarios, en el sentido de imputarles incapacidad hegemónica. Razona que se debió a que provenían de un segmento reducido que no pudo ejercer influencia en el elemento popular y que, por lo tanto, carecía de prestigio y medios de hegemonía. Por eso los trinitarios no pudieron ser los verdaderos autores de la independencia, juicio con que desautoriza las versiones de los historiadores. Su tentativa de revisión historiográfica lo lleva a manipular confusamente las informaciones, puesto que no aclara cómo se desarrollaron los hechos. Presenta las divergencias entre los idealistas trinitarios y los bárbaros representados por Santana como circunscritas a un grupo reducido; este aserto, aunque aceptable, queda sustentado en una generalidad cuestionable: que la masa popular fue un sector por completo pasivo. Como mucho, asegura, la masa se restringió a respaldar la minoría de bárbaros que impusieron la reacción y la dictadura en contra de la aspiración a la democracia y al liberalismo de la otra minoría vencida.

En este punto resulta conveniente aclarar que, de acuerdo a Sánchez, el liberalismo de los trinitarios carecía exactamente de un contenido de teoría política, ya que estaba condicionado por la “vocación familiar” y se hallaba subordinado al sentimiento racial. No habría aparecido con ellos el nacionalismo dominicano, juicio que está dirigido a rebatir las aseveraciones de García y de los restantes historiadores liberales. Pero, por esta contradicción intrínseca, Sánchez arremete contra la calidad humana de los trinitarios, a quienes califica de “pobres gentes” o “grupo patético”, sumido en la angustia ante una empresa superior a su “falta de aptitud”. Lo demostraron al disolverse ante la primera confrontación con los bárbaros y desaparecer como factor en procesos ulteriores.

A fin de cuentas, argumenta que no pudo haber otro resultado dado el cuadro de fuerzas en escena: define el pueblo como conjunto de seres arcaicos, ajenos a la práctica de la ciudadanía y no preparados para la independencia; los liberales no lograban conformar una tendencia política, no pasando de teorizantes incapaces; quienes funjían de clase superior no traspasaban el estadio de semi-bárbaros, movidos por el instinto de la vida animal, quedando en sus manos el monopolio del poder. De todo esto provino un estado caracterizado por la ausencia de instituciones, que no contribuía a superar el ambiente de incultura. El núcleo republicano dirigente no gobernó bien, ni educó a la masa para la democracia. Se limitó a sustentar su poder en el ejercicio de la fuerza, como sumatoria de

hombres de acción enquistados en el ejército. Mas no se constituyó una oligarquía, como se precisaba para fundar la república:

“Ni raza, ni rango social, ni predominio intelectual, ni riqueza, ni prestigio político suficientemente acentuados para imponerse por su propia virtualidad, tenía el núcleo social que se hizo cargo de la organización de la República...”²⁷

Esa clase dirigente, como provenía de la masa popular, aunque se encontrase diferenciada, prolongaba la existencia amorfa de la masa, desprovista de ideales y, sobre todo, de fe. Lo que se produjo con posterioridad al 27 de Febrero fue el choque de ese sector de hombres de acción, salidos de la masa, portadores del autoritarismo, con el pequeño grupo vencido de los trinitarios, precedente de la debilísima oligarquía dominicana posterior. Una de las materias cruciales de la construcción argumentativa de Sánchez precisamente radica en la equiparación entre liberalismo y oligarquía, producto del saber. Resume la tragedia de la historia republicana en la recurrente derrota del proyecto, ideológico y social, de la oligarquía y el liberalismo. En esto de nuevo se recuperan elaboraciones previas, en particular de Américo Lugo, acerca del supuesto nervio del conflicto social entre la oligarquía, incapaz de hundir sus principios en el alma popular, y el grupo dirigente del estado, de raigambre popular.

La República transitó por un contexto estacionario, sin evolución, en que la inercia ponía en acto la esencia ignominiosa del pueblo. No hubo proyecto de ningún género, y menos progreso en cualquier dimensión. El retorno de la dominación española, en 1861, fue resultado de la orientación de la masa del pueblo, obedeciendo al acicate instintivo de la estirpe. Se trató del efecto de la ausencia radical de conciencia nacionalista en el pueblo y de proyecto entre los gobernantes.

Al interpretar la Anexión a España, el autor hace intervenir decisivamente al pueblo, al cual había apartado como factor activo después de la Reconquista de 1808, a no ser como apéndice manipulado de la minoría en el ejercicio del poder. Hay una circunstancia que explica esto: las guerras contra Haití produjeron una merma siniestra de la energía popular, infligiendo un daño mucho más severo que los 22 años de dominación haitiana directa. La masa se solidarizó, por ello, con los intereses y las prácticas de los bárbaros de acción alrededor del culto a los héroes,

27 *Ibidem*, pág. 132.

en que se enaltecía el prototipo del “guapo”, es decir, del primitivo soldado, brutal e ignorante. De tal estado de cosas se habría derivado un “igualitarismo infecundo”, en el que las masas se empapaban de la política, dando por resultado las consecuencias más perversas de la historia nacional.

Al igual que evalúa la Anexión como una obra genuinamente popular, también lo hace respecto a la Restauración, mediante la cual se retornó a la vida republicana. Pero juzga a la Restauración contra la dominación española como el reino absoluto de la iniquidad, donde, a diferencia de lo acontecido el 27 de Febrero, no asomó ningún tipo de ideal; fue la explosión de los sentimientos ruines presentes en la masa, sobre todo rencores y pasiones viles. Presenta al general restaurador obedeciendo exclusivamente al interés personal o partidista y al odio hacia Santana. Por tanto, niega que hubiese una guerra nacional, sino partidas de sediciosos “de brutalidad, de salvajismo, de saña fiera”. Y, si no llega a solidarizarse explícitamente con la presencia española, en los hechos reconoce el contraste entre la ausencia de ideas de los hombres de Capotillo y los factores civilizadores que acarrearba la dominación española.

Aquí explicita otra consigna conservadora, compartida con Manuel Arturo Peña Batlle, que admite la esperanza imaginaria de la dominación directa de España, por contraposición a la inhabilidad radical del dominicano en el ejercicio de la soberanía. Tal conjetura explica el encono contra José Núñez de Cáceres, a quien responsabiliza de la agudización de todos los males por haber proclamado la independencia en 1821, a destiempo. Lo que se colige de este tipo de juicios es la lejanía afectiva respecto al pueblo, a quien adjudica inhabilidad de protagonismo histórico creador, y la búsqueda de un mecanismo sucedáneo que conduzca a la concreción del ideario civilizador.

No hay razones para dudar de la sinceridad del compromiso de Sánchez con los principios liberales. Su texto revela valentía intelectual, al recusar verdades aceptadas en una suerte de jurisprudencia historiográfica y enarbolar una concepción aristocratizante. Pero el liberalismo presupone el pueblo, aun cuando se interpongan dudas sobre la aptitud de éste para el ejercicio de la vida civilizada, como ha sido norma en gran parte de los liberales dominicanos. De esta tensión dimana el tipo de proyecto que esboza Sánchez como corolario de su teoría de la historia dominicana. El logro del esquema político ideal debe estar precedido de un período taxativamente de corte autoritario. Pero, para cualquier etapa,

enuncia un proyecto marcadamente clasista, que barra con el rasero social que impidió los elementos de selección que dan lugar al tipo de sujeto social portador del progreso a través del estímulo. Todo su reclamo es anti-igualitario, lo cual sitúa con precisión la calidad de su liberalismo. La irrupción de la masa en la historia republicana no redundó en ascenso social, sino en la igualación dentro de la mediocridad infecunda, con su reverso de “intrigas i de las luchas aldeanas”, en que campeaba el irrespeto y el tuteo y que “permitía al jornalero creerse igual al patrono”.

Esta mirada clasista está envuelta en el designio de que se erradiquen los vicios antropológicos de la masa del pueblo. Su característica esencial, producto de su barbarie, es la sobriedad, que tiene su primera manifestación en la abulia tropical que elude la generación de excedentes económicos. Sánchez se escandaliza de la felicidad del pueblo en la pobreza. Lo que es más elocuente, atribuye a esta vida en torno a la auto-subsistencia el origen exclusivo del atraso; no teme asegurar que el minúsculo progreso que se advierte en las décadas previas había sido la obra aislada de un sector muy reducido. Y concluye negando que el progreso se logrará mediante la mejoría de las condiciones de vida del pueblo, supuesto que desecha como romántico; por el contrario, el imperativo lo identifica en liberar de cargas al pequeño núcleo portador del progreso.

Todo su esquema explicativo se revierte en la recuperación de una vieja propuesta de los liberales: la inmigración de blancos. Como considera al pueblo inhábil para la democracia y como el progreso sólo es promovido por un pequeño núcleo, se precisa una “especie de transfusión”; únicamente una política migratoria podría revertir la tendencia de deterioro de la energía de la minoría activa que proviene de la acción del clima y del conjunto de condiciones negativas. Se opone al supuesto de que antes de la inmigración habría que fortalecer el núcleo dominicano por medio de la educación, como medio de prevenir la asimilación por los recién llegados; aduce que eso no es posible porque el núcleo dominicano no posee características de ningún tipo.

Únicamente concibe el éxito del impacto poblador en la medida en que se acompañe de la segunda gran tarea: la de educar. Con ella se adquiriría la creación de una solidaridad social, un ideal común y una conciencia nacional.

Antes de que se combinen estos dos órdenes de acciones sería ilusorio, según su conclusión, propugnar por un estado de derecho. El recorrido por la historia dominicana ratifica la idea de que todos los ensayos

de sistemas liberales han fracasado con rapidez. Peor aún, el mismo examen lo conduce a sostener que “el relativo progreso material que hemos alcanzado ha sido en la mayoría de los casos la obra de ciertas formas centralizadoras y dictatoriales de gobierno”,²⁸ con lo que termina de razonar la conveniencia de un tipo de régimen autoritario que opere como sucedáneo de la incapacidad del pueblo.

“La agrupación dominicana, como muchas agrupaciones humanas de la América hispana, está todavía en el período durante el cual los pueblos necesitan, en ausencia de una voluntad y una conciencia colectiva que les permitan valerse por sí mismos y realizar por sí mismos sus destinos, de una voluntad y una inteligencia creadora, servidas por una energía indomable, presta a guiar a quien por sí mismo no puede encaminarse hacia sus fines, lista a hacer el bien a la colectividad con y sin la cooperación de ésta y sin tener en cuenta, sino para aquietarla, la mudable condición de nuestro pueblo.”²⁹

Para avalar su propuesta aduce que el mejor sistema de gobierno no tiene por qué identificarse al emanado del pueblo, sino el que realiza el bien público, plasmado principalmente en la enseñanza de la vida ciudadana. Sólo con tal régimen sería factible crear las condiciones para el advenimiento de un régimen democrático. La única condición para el éxito de tal esquema de estadios es la fe y el fervor, sobre la base de la confianza en que, a pesar de todo, en el largo plazo el pueblo dominicano logrará dotarse de los requisitos culturales para el ejercicio de la democracia.

Después de tanta lucidez, que combina arrogancia y amargura de un solitario pensador de derechas, resulta que su proyecto queda pendiendo del aire. A lo sumo, puede colegirse que la recurrencia a la fe y a la intervención imprescindible de una voluntad superior, portadora de energía creadora, evidencia que depositaba sus expectativas en la aparición de un guía del colectivo, al cual se dotara de todos los poderes. Así formulada la propuesta, no equivalía a nada, a no ser un deseo fruto de buenas intenciones. Sánchez ni siquiera enuncia qué sector sería el gestor de la dictadura benéfica, o si la delimita a un acto de subordinación de toda la sociedad por un individuo providencial. La fe sugiere un vacío en la formulación del proyecto. Al menos no introduce los factores que po-

28 *Ibídem*, pág. 310.

29 *Ibídem*.

drían tornar exitoso el ensayo de este autoritarismo benéfico centrado en la educación pública. Implícitamente, la oligarquía vendría a ser la depositaria de esta misión, por cuanto la profundización de la división de clases ha sido el único estímulo para el progreso. Pero omite todo análisis del presente y de la ubicación de la clase dirigente en la realidad de su tiempo. Es elocuente que no mencionara que el país estaba, desde casi quince años atrás, sumido en un autoritarismo que no impulsaba la educación tendente a la formación de ciudadanos, sino más bien lo contrario, una educación para reciclar el despotismo. Nada dice del trujillismo, régimen sustentado precisamente en el principio de la acción trascendente de la personalidad fuerte y creadora.

Respecto a los anteriores ensayos oligárquico-liberales, Sánchez medita que sus portadores no supieron, o no se atrevieron, por timidez y vacilación, a imponerse a los desmanes de los “bárbaros macheteros”, “caciques” y “forajidos”, y a concitar la adhesión del pueblo. El análisis no logra traspasar lo casuístico. En tal sentido, en ningún caso —y esto es lo definitivo— su texto incorpora el análisis de las bases para variar esas condiciones que reiteradamente han impedido el desenvolvimiento del sistema político liberal-democrático. Hasta el presente, el reverso optimista del revisionismo histórico de Sánchez se ha revelado de una ingenuidad similar a la que se dedicó a desmontar implacablemente.

Conclusión

Una preocupación restringida, como es la conmemoración de la gesta de la independencia, ha sido motivo de evidenciación de problemas historiográficos sustanciosos y de exteriorización de tendencias en el pensamiento político y social. A propósito de los dos autores analizados, se destaca, entre otras posibles temáticas, una relación singular de algunos sectores de la intelectualidad con el paradigma liberal casi universalmente compartido. Los derroteros del proceso histórico muestran el fracaso de la aplicación del paradigma, lo que comportó la degeneración de sus portadores en el seno del estado. De por medio, sectores importantes de la intelectualidad se asimilaron a la perspectiva de operativización sistémica del liberalismo a través de un sesgo conservador que requiere de ulteriores argumentos de legitimación. De ahí la generalizada búsqueda de propuestas políticas que tornen viable el ideario. Esta agenda se ex-

tiende al terreno de la interpretación histórica en la medida en que la determinación de los componentes del colectivo nacional se percibe como una clave para la localización del modelo político adecuado.

En términos generales, dichos autores se orientan en forma espontánea hacia tesis fundamentalmente similares a las que caracterizan el revisionismo histórico latinoamericano. Hay, incluso, una tendencia creciente de acercamiento con esas fórmulas de interpretación histórica. No obstante, en ningún momento se produjo una identificación completa, como se muestra en las tesis de Rafael Augusto Sánchez. La problematización del liberalismo conlleva la aceptación de males consustanciales del colectivo y procedimientos exógenos a la doctrina para su superación; pero nunca se abandonó la convicción en las bondades del esquema político del liberalismo y del patrón cultural europeo occidental moderno. Las divergencias no pasan, en lo fundamental, de concesiones tendentes a la viabilización del ideal, que, de todas maneras, implican variación de perspectivas explicativas del pasado en varios órdenes.

Por una parte, se acepta la compenetración del colectivo con los principios culturales hispánicos. A diferencia, no obstante, de los autores tradicionalistas, se pondera tal realidad como un mal, el cual deberá superarse mediante la superposición de los principios culturales modernos. Es decir, se cuestiona el contenido cultural del colectivo en aras del ideal civilizatorio en abstracto. De ahí la adopción de lo inevitable del remedio autoritario para la construcción de un colectivo nacional integrado. Aun así, en el límite, se toman distancias variables respecto a los hechos efectivos del autoritarismo, al tiempo que no son sometidos a crítica, no obstante el divorcio que muestran con lo que debieran ser las tareas civilizadoras del estado. Tal indefinición muestra una cosmovisión, en estado práctico, de la intelectualidad de vocación sistémica, que trasciende la pobreza de las expresiones concretas del poder y que sin embargo no entra en conflicto con éstas. Complejiza el discurso histórico, a manera de justificación del orden, pero se atiene a objetivos fundamentalmente ortodoxos de la realización nacional, estableciendo compromisos con los procedimientos del autoritarismo presumiblemente civilizador. Aquí reside de seguro la variación más sustantiva del sesgo conservador del liberalismo, ya embargado por una vocación oligárquica que atraviesa las interpretaciones históricas.

En esto último hay un matiz que distingue estas variantes del liberalismo de su versión clásica e, igualmente, de las visiones conserva-

doras o revisionistas. Con éstas se postula la necesidad legal del dominio social a través de una minoría y un jefe, con la peculiaridad de que se tiende a desligar a dicha minoría de la masa del pueblo, juzgada esta última irredimible por sus propios medios, como se ha observado en Sánchez. Esta carencia de afirmación de integración nacional en los portadores tardíos del liberalismo conservador representa una respuesta pertinente a las peculiaridades reales de conformación del conglomerado nacional, las cuales incluyen abismos no resueltos, al grado que puede postularse un ordenamiento incompleto de la nación en varias dimensiones.³⁰ A pesar de la imputación de nulidad cultural al pueblo, a los sectores dirigentes tradicionalmente les han causado extrema inquietud los orígenes africanos, producto de lo cual se han generado hiatos cruciales en la reproducción de esquemas culturales, lo que se remonta al pasado colonial.³¹

Será únicamente con la oficialización de una filosofía conservadora de la historia dominicana, durante la dictadura de Trujillo, como ya se ha dicho, cuando se converge plenamente con los postulados revisionistas. Se produce entonces un ataque a toda línea contra la tradición liberal y el espíritu revolucionario originario en Francia, imputándoles el origen de las desgracias nacionales en el siglo XIX. Se cuestiona acerbamente el positivismo a través de la persona de Eugenio María de Hostos, como apéndice del espíritu revolucionario y de la enemiga nación haitiana, constituyendo, por consiguiente, una tentativa malsana de vulneración del auténtico *ethos* nacional afianzado en la hispanidad y el catolicismo.³² Esta filosofía se sustenta en la falsificación sistemática, y concilia pueblo y estado a través del nacionalismo tradicionalista y del racismo. De tal discurso se concluye en la exaltación cerrada del autoritarismo, aunque incluso de manera mediada por imperativos de conveniencias políticas. Este paso en la evolución del pensamiento tradicional fue producto de un acto político, ya que la lógica de reproducción de la intelectualidad la mantenía girando alrededor de dilemas dentro del liberalismo. De todas maneras conviene destacar que el terreno estaba preparado para ese giro por

30 Rodríguez, Genaro et al: *Actualidad y perspectivas de la cuestión nacional en la República Dominicana*. Santo Domingo, 1986.

31 Cassá, Roberto, y Rodríguez, Genaro: "Algunos procesos formativos de la identidad nacional dominicana", *Estudios Sociales*, año XXV, n.º 88, Santo Domingo, abril-junio de 1992, págs. 67-98.

32 Todas esas temáticas han sido desplegadas por Manuel A. Peña Batlle en textos recopilados en *Ensayos históricos*. Santo Domingo, 1989.

las propias elaboraciones de los intelectuales;³³ De otra manera no se comprendería la integración masiva de que estos fueron objeto por la dictadura y las funciones relevantes que desempeñaron en todo su transcurso.

Hoy, a los ciento cincuenta años de existencia del estado dominicano, siguen pendientes de realización los postulados de un sistema político democrático y de un orden social que garantice la felicidad de la población. Procede, en consecuencia, seguir indagando acerca de las razones de tal impedimento. Pero no resulta adecuada la reiteración de causas omnicomprensivas y válidas para todos los períodos del proceso, como las que encontraron los autores comentados en las categorías de personalismo o individualismo. La renuncia a principios de tal generalidad no cuestiona la indagación razonada. A ese respecto, lo que está a la orden del día, contrariamente al sentido común vigente, es el conocimiento de la historia nacional a la luz de las urgencias y conceptos culturales presentes hoy entre los dominicanos. El conocimiento de la historia no es panacea, pero sí auxiliar indispensable para la discusión de alternativas políticas. En la actualidad se asiste a vastas recomposiciones a escala mundial que anuncian variaciones sustanciales en los ordenamientos nacionales. Al mismo tiempo se presenta un contexto en que los países subdesarrollados caen en situación de sobrantes dentro del nuevo orden internacional. El discurso dominante en perspectiva que se esboza hoy, de factura liberal-conservadora, sostiene que la adherencia absoluta al libre mercado es la única salida normativa, no importa las consecuencias que comporte. Ni siquiera este discurso tiene que disimular demasiado en no augurar algo bueno o se reconoce en el supuesto de que la desigualdad social creciente será inevitable y profiláctica. Para enfrentar tal avalancha deshumanizadora, consustancial al sistema, se precisa de una acción popular que potencie las energías nacionales. Las respuestas exigirán componentes inéditos, tanto en los instrumentos como en los contenidos del proyecto de sociedad. El reto no es nada sencillo y no hay indicios de que tenga que ser resuelto favorablemente. Ya no hay teleologías que sirvan de cobertura protectora y se ha entrado de lleno en lo que J. K. Galbraith denomina "era de la incertidumbre". Todo dependerá de resoluciones políticas a partir de la acción de los agentes políticos y sociales. Y como está en juego el pueblo, su conocimiento en una

33 Incháustegui, Arístides: "El ideario de Rodó en el trujillismo", *Estudios Sociales*, año XVIII, n.º 60, Santo Domingo, abril-junio de 1985, págs. 51-63.

dimensión histórica revestiría una función estratégica crucial en toda estrategia democrática y nacional-popular: el único revisionismo historiográfico por el cual se puede postular en ocasión de este sesquicentenario sería el que se revele apto para disparar el dispositivo que logre el conocimiento del pueblo en pos de la asunción de las tareas que se le puede deparar en el futuro visible. En rigor, sería entonces autoconocimiento, por cuanto la historiografía debería de dejar de ser labor de especialistas, de producirse el diseño de un movimiento social articulado a escala nacional. Tal autoconocimiento vendría a ser la contrapartida intelectual de la participación como germen de democracia o de la construcción consciente de la realidad por los sujetos organizados. Uno de los aspectos más llamativos de todo balance de la historia dominicana es la proclividad, al parecer incontrovertible, de estructuración autoritaria del sistema político, invariablemente puesto al servicio de minorías carentes de vocación nacional. Ese ordenamiento sempiterno exige de transformación radical, la cual no puede depender de los preceptos conocidos del paradigma liberal. El autoritarismo ha fracasado, si es el caso, pero también lo han hecho los proyectos liberales y los socialistas. Contrario a los remedios esbozados por nuestros dos autores, no parece que pueda defenderse otra opción que la democratización sustantiva de la sociedad y la política, de manera que se puedan fundar las bases de la plena integración nacional. Hasta ahora, tal objetivo no pasa de la enunciación vaga y abstracta, y corresponderá, mediante la praxis de los sujetos, dar los pasos intelectuales y prácticos para concretar los proyectos alternativos.